Aurelio Camacho y Velasco

LA SANGRE VENENOSA

COMEDIA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS,

EN PROSA, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1911

A mi buen amigo y excelente actor Emilio Pacheco, con un abrazo

Aurelio Camacho

21/3/911

LA SANGRE VENENOSA

LA SANGRE VENENOSA

COMEDIA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

AURELIO CAMACHO Y VELASCO

Estrenada con gran éxito en el Teatro de Tetuán (Madrid)
la noche del 22 de Enero de 1911



MADRID
IMPRENTA DE LA CIUDAD LINEAL
LAGASCA, 6.-TELÉFONO 1.254
1911

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
D.ª JUSTINA (esposa de D. Robustiano)......	SRTA. CORDÓN
D.ª EMERENCIANA (madre de Ernestina y Ricardito)..........................	» SALGADO
LEOVIGILDA (hija de D. Robustiano, 18 años)..	» BALLESTEROS
ERNESTINA (ridículamente vestida, 16 años)..	» PUEBLA
MARIETA (modestamente vestida, pero aseada, 18 años).........................	SRA. GÁLVEZ
D. ROBUSTIANO (hombre instruído, 55 años)..	SR. COLLADO.
LUIS (bien vestido, elegante, 23 años).......	» RANZ
FELIPE (hijo de D. Robustiano, 24 años)......	» ARIAS
RICARDITO (tiene la cabeza muy gorda y viste ridículamente, 17 años)................	» ABIL
Mozo 1.º.........................	» IBIAS
» 2.º.........................	» ALCOLEA
» 3.º.........................	» MOLINERO
» 4.º.........................	» FERNANDEZ

Mozos del pueblo

La acción en un pueblo de Castilla la Nueva.—Época actual.

Derecha é izquierda, las del actor

A los intérpretes de esta obra, Srtas. Cordón, Salgado, Ballesteros, Puebla, señora Gálvez y señores Collado, Ranz, Arias, Abil, Ibias, Alcolea, Molinero y Fernández, en prueba de verdadera amistad, les dedica esta obrita

El Autor



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Interior de la casa de Don Robustiano.—Sala bien amueblada con piano. Puertas al foro y laterales. Sentados á la derecha (del actor) Don Robustiano, Doña Justina y Doña Emerenciana. A la izquierda Leovigilda, Ernestina y Ricardito, formando dos grupos separados los viejos y los jóvenes.

ESCENA PRIMERA

EMER. ¿Conque 18 añitos? Ya tienen ustedes una mujer.

JUST. Nos van haciendo viejos. ¡Cómo pasan los años! Parece que fué ayer cuando me casé con Robus. ¡Y qué tiempos aquellos más felices! Crea V., si antes de casarme sé yo que los hijos nos iban á envejecer tanto, me quedo soltera y ahora sería una pollita.

EMER. Tiene usted razón, doña Justina, ¡quien lo hubiera sabido para hacer lo propio!

JUST. El afán de casarnos que tenemos todas las mujeres. Y luego ¿para qué?

EMER. Caramba, doña Justina, que pregunta, ¿para qué ha de ser?

JUST. No, no sea usted mal pensada. Las muchachas jóvenes si tienen ganas de casarse no es más que por cumplir con lo que manda la

iglesia, no es por otra cosa. Vamos, yo al menos por eso lo hice.

EMER. Pues yo no, yo lo hice por amor, por lo mucho que quería á mi Epifanio.

JUST. Eso ni que decir tiene. Lo mismo me pasó á mí con Robus. El lo puede decir...

ROBUS. Sí es cierto, nos queríamos mucho.

JUST. Y puedo estar satisfechísima porque me ha correspondido un santo por marido.

ROBUS. Gracias, esposa, por lo de santo.

EMER. No tiene usted nada que agradecer. Lo que está á la vista no se puede ocultar....

ROBUS. (Con disimulo á Justina.) ¿Se me ve algo?

EMER. Además, han deseado hijos y Dios les ha enviado dos muy listos.

ROBUS. Los dos traidos de París... en un cajoncito.. yo mismo los encargué...

EMER. No, si no lo pongo en duda...

ROBUS. No lo ponga usted en duda, fuí yo expresamente á encargarlos, ¿verdad, Justina?

JUST. Calla, calla maridito, ¡qué cosas tienes!...

ROBUS. Ya sabes tú como son mis cosas...

EMER. Pues bien, dos hijos á cada cual más listos, sobre todo Leovigilda. Felipe es excesivamente listo. Yo creo que se pasa. Créame, no me gusta tanto como la niña, es un poco... así..., vamos, que no sé como explicarme... un poco orgulloso... está muy creido que es el hijo del Juez.

ROBUS Y puede usted asegurarlo...

EMER. No se enfade usted, si quiero decir que es algo altanero y dispénseme si hablo tan claro, pero como soy tan francota, digo lo que siento.

Ya ven ustedes, nosotros, mi Epifanio y yo, hemos tenido la desgracia de que nuestros hijos hayan salido tontos de remate.

ROBUS. No es pequeña la desgracia.

EMER. El niño es completamente imbécil.

RIC. ¿Llamas, mamá?

EMER. ¿Lo ven ustedes? No, hijo, no, sigue ahí. Con Leovigilda, su hija de ustedes, da gusto ha-

blar, de todo sabe. Bien es verdad que por algo dice el refrán «de tal árbol tal astilla».

JUST. Muchas gracias, lo mismo la decimos á usted.

EMER. ¿Y mi Ernestina? ¿Qué me dice usted de mi Ernestina?

ERNEST. Si estoy aquí, mamá.

EMER. Ya lo sé, hija, ya lo sé.

ERNEST. ¡Ah! Es que creía que me buscabas.

EMER. ¿Lo ven ustedes? Parece una etiqueta de sublimado corrosivo... (Mirando al cielo.) Pero Dios mío, ¿á quién se parecerán estos vástagos?

ROBUS. ¿A quién se han de parecer? A su padre y á su madre.

EMER. Por Dios, D. Robustiano. Eso no. Usted sabe muy bien que mi esposo es muy inteligente, le dieron la plaza de maestro por su gran cabeza.

ROBUS. Precisamente en eso, se parece mucho Ricardito á su padre.

ERNEST. Mamá, mamá; Ricardito está diciendo unas cosas muy feas.

EMER. ¿Qué dice, hija mía? (Verán ustedes que embajada.)

ERNEST. Pues que tiene una novia y anoche se fueron los dos á los olivares.

ROBUS. (Riendo.) ¡Pobre chico! Pues no es tan tonto como usted decía.

RIC. Don Robustiano. Si todo ha sido una broma para engañar á estas. Ya sabe usted que yo soy muy bromista.

ERNEST. Lo que quieres tú ahora es disimularlo.

ROBUS. (A las señoras.) Pero estas criaturas, que no han aprendido á comer solas y ya están pensando en noviazgos... ¡Qué modo de degenerar la raza! Antiguamente...

JUST. ¿Qué antiguamente, antiguamente? (en voz baja.) ¿Qué edad tenías tú cuando aquello de la modistilla en Madrid?

ROBUS. (Tapando la boca á su mujer, con la mano.) Calla, mujer, calla. Que te pueden oir los niños. Aquello pasó á la historia...

JUST. Y como la historia se escribe para que sea

leida por las sucesivas generaciones, yo...

ROBUS. He dicho que aquello pasó y no se debe recordar más...

EMER. Tiene razón su esposa. Antiguamente eran peores los jóvenes que ahora.

ROBUS. (Levantándose.) Sí, sí, tienen ustedes razón. Vaya, con permiso voy á hacer algunas cosillas por ahí fuera. (Desgraciado del que caiga en las uñas de las mujeres.)

RIC. ¿Se va usted, señor Juez?

ROBUS. Sí, voy á respirar ahí fuera porque aquí me estaba ahogando. (Vase puerta foro.)

RIC. (Qué extraño, porque estamos en Diciembre y aquí no hace nada de calor...)

JUST. ¡Pero qué cabeza la mía! No se me ha ocurrido obsequiar á ustedes. Leovigilda, mujer; á tí tampoco se te ocurre.

LEOV. ¿El qué, mamá?

JUST. Obsequiar á la visita.

LEOV. ¡Ah! tienes razón.

(De un aparador saca una bandeja con pastas y obsequia con ellas á Doña Emerenciana, Ernestina y Ricardo.)

EMER. (Cogiendo varias pastas de una vez.) No debían de haberse molestado. ¿Pero cómo no vendrán á felicitarte doña Tecla la boticaria y las hijas del Escribano? ¡Qué *quedrán!*

RIC. Que las vayan á buscar... Son muy estúpidas y muy tontas. No las gusta otra cosa que llamar la atención. Oigan ustedes; el domingo pasado llevaron á misa unos sombreros tan grandes que tuvieron que agarrarse á las alas y doblarlas para poder entrar en la Iglesia.

LEOV. ¡Qué exageración!

JUST. ¡Pues vaya una moda!

RIC. ¿Y qué me dicen del modo de recogerse?

JUST. ¿Muy tarde?

RIC. Qué tarde ni temprano, enseñando hasta el peroné.

JUST. ¡Jesús!

EMER. Ah! ¿Y á que no saben ustedes qué hacen para decir que están muy enteradas de las modas?

LEOV. ¿Qué hacen?

EMER. Vean ustetedes: Se han suscrito á un periódico de París que se llama «Le dernier cri de la mode»... Ya ven ustedes, «Le dernier cri de la mode». ¡Dios sabe lo que significará eso!

JUST. Bueno ¿y qué dice en ese periódico?

EMER. Ellas dicen que habla de las últimas modas, pero para mí que no comprenden ni saben nada de lo que en él está escrito, porque el día que no trae figurines el periódico no saben ponerlo derecho.

¡Ah! pues ¿y de la Secretaria? ¿Qué me cuentan ustedes de la Secretaria?

RIC. ¡Otra que tal baila!

EMER. Esa dice que no concurre á las reuniones porque se critica mucho. Ella será la que critique, que tiene una boca como un túnel, porque lo que es por mi parte... Es una cosa tan fea el criticar lo que á una no le importa...

JUST. Tiene usted razón.

EMER. ¿Y tú, hija mía, no dices nada?

ERNEST. Pero si lo dices tú todo, mamá.

EMER. Mira, mejor será para que nos distraigas que toques al piano esa *melodia* que te ha enseñado el sacristán nuevo.

ERNEST. Si no me la sé de memoria... Además por las tardes tengo los dedos tan nerviosos que parece que suenan dos pianos á la vez.

RIC. Mejor, tonta, así nos parecerá que oímos una orquesta.

ERNEST. Si no me sé nada de memoria. Si hubiera traído el papel...

EMER. Esta hija mía no sabe nunca tocar nada si no lleva el papel preparado. (Á Ernestina.) Lo que tú tienes es que eres muy poco complaciente. Si yo tuviera tu edad... Mira, cuando tu padre y yo éramos novios no tenía más que indicarme que tocara una pieza cualquiera y me faltaba tiempo para complacerle.

ERNEST. Es que si yo tuviera novio y me lo dijera no creas que no la tocaría yo también.

LEOV. Vaya, vaya, no se disgusten por tan poca cosa, otro día tocará.

ESCENA II

DICHOS y MARIETA y LUIS.

MAR. (Desde la puerta.) ¿Se puede?
JUST. Adelante mujer.
LUIS Supongo que yo también tendré permiso...
JUST. Caramba, no faltaba más. Tanto bueno por aquí.
LUIS. Lo bueno es lo que yo vengo á ver.

(Marieta y Luis saludan á todos.)

MAR. (A Leovigilda.) Felicidades.
LUIS. Lo mismo digo.
LEOV. Muchas gracias.
MAR. Aquí te traígo unos pañolitos que he bordado para tí.
RIC. (A Ernestina.) De tres reales la docena.
LEOV. ¿Por qué te has molestado?
LUIS. Yo aquí traígo mí pequeño obsequio. (Luis la entrega un pequeño estuche como de un alfiler ó sortija.)
RIC. (A Ernestina.) De bisutería.
LEOV. Muchas gracias á los dos. Miren, miren el regalo que me han hecho doña Emerenciana y familia.

(El regalo es un lazo muy grande y muy ridículo, que sacará Leovigilda de una caja *ad hoc.)*

MAR. Muy original. (Conteniendo la risa.)
LUIS Y de mucho gusto. (Idem, íd.)
EMER. Sí, ha sido gusto especialmente de Ricardito.
RIC. Soy el alma de la casa para estos casos. (Dándose tono.)
JUST. ¡Ah! pero siéntense ustedes, no se me había ocurrido.

(Todos se sientan.)

RIC. Ya que hablabas (A su mamá.) de la *melodia* del sacristán.
Aquí Marieta ni Luis habrán oído nunca la música *di cámara.*
EMER. ¿Y qué es eso hijo mío?
RIC. (Dándose mucho tono.) Pues oigan ustedes. La música *di cámara* es la música alegre, la que se

toca por las calles, en los organillos; si ello mismo lo dice di cámara. La música seria es la que se toca en los grandes teatros de Madrid, como por ejemplo en Maravillas, Eldorado, Actualidades...

LUIS (Con guasa.) Sí sí, «Actualidades», «A B C», «Nuevo Mundo»...

RIC. No, no, dispense Luis, eso que nombra usted son periódicos.

LUIS ¡Jesús que torpe soy, si creí que eran teatros! Se ve, se ve que está usted muy al corriente de lo que hay en la Corte. ¿Cuándo ha sido la última vez que ha estado usted en Madrid?

RIC. Hace mucho tiempo...

EMER. (Como regañando á Ricardo.) Niño...

RIC. Sí... hace mucho tiempo... que debía haber ido, pero á mi papá no se le arreglan nunca las cosas para llevarme...

ERNEST. Sí, ha pensado papá llevarle á Madrid para que estudie una carrerita corta, como por ejemplo, la de ingeniero ú otra así que cueste poco...

JUST. (Aparte.) Esta niña habla pocas veces, pero cuando habla...

EMER. Estamos esperando á que Ricardito sea mayor para que no nos lo envicien.

JUST., LEOV., MAR. y LUIS. Muy bien, muy bien.

RIC. Pues bien, como les iba diciendo, la música seria.

LUIS Sería...

RIC. Se dice seria.

LUIS Iba á decirle que sería mejor que nos hablara de otra cosa y no nos diera tanta... música.

MAR. (Levantándose.) Yo tengo que retirarme porque es muy tarde.

LEOV. ¿Qué prisa tienes?

MAR. Tengo que hacer la cena á mis tíos.

LUIS Y para que no vaya sola, yo acompañaré á usted. (A Marieta.)
(Aparte.) Así aprovecho la ocasión para hablar con ella y dejo de oir tanta imbecilidad.

LEOV. Puede acompañar á Marieta nuestra criada y no tiene usted necesidad de *molestarse*.

LUIS No es molestia, al contrario tengo mucho gusto en ello.

LEOV. Bien, bien, en ese caso...

MAR. Que ustedes lo pasen bién.

LUIS Lo mismo digo.

TODOS Adiós, adiós.
(Vanse Marieta y Luis por foro.)

JUST. Leovigilda, enseña á Ernestina y Ricardito los otros regalos que tienes en tu gabinete.

LEOV. ¡Ah! sí.—Venid conmigo. (Vanse los tres puerta derecha.)

ESCENA III

EMERENCIANA y JUSTINA. Después LEOVIGILDA, ERNESTINA y RICARDO.

EMER. ¿No ha notado usted, doña Justina, qué interés ha demostrado Luis en acompañar á Marieta?

JUST. Como ella es buena y simpática, no tiene nana de particular.

EMER. Sí, pero comprenderá usted que la muchacha no es pareja para Luis. El es un joven de carrera y de buena posición. Ella pobre y de familia baja.

JUST. No está usted en lo cierto. Marieta, aunque pobre de dinero, es rica de corazón y está muy bien educada. Criada aquí, junto á mi hija, la hemos protegido cuanto hemos podido. ¿Usted no sabe su historia?

EMER. No.

JUST. Marieta era hija de uno de los mozos de labranza que tenía Robustiano. A los cinco años de existencia quedó huérfana de padre y madre. Se hicieron cargo de ella sus tíos, personas muy trabajadoras pero cargadas de hijos y que apenas podían sostenerlos. No

pudimos menos de tener lástima de la muchacha y nos hicimos cargo de ella. Aquí se la ha educado y aquí ha vivido hasta la edad de quince años en que volvió á casa de sus tíos para ayudarles en sus faenas. Es tan buena y nos quiere tanto que todo el tiempo que puede está con nosotros. Robustiano y yo la queremos como si fuera hija.

EMER. Sí, se la ve que es buena muchacha y de seguro que el interés de Luis en acompañarla no es más que pura galantería, pero á pesar de sus excelentes condiciones, ¿no cree usted que si Marieta y Luis llegaran á amarse harían un matrimonio ridículo por la diferencia de clases?

JUST. Y qué afán de querer comerciar con el amor.

EMER. Si Luis se casara con una de nuestras hijas... Mi Ernestina le haría muy feliz.

JUST. ¿No opina usted que le haría más feliz mi Leovigilda y sin embargo no me hago ilusiones?

EMER. Quite usted, mujer, mi Ricardito sería una gran proporción para Leovigilda, una vez que terminara la carrera que pensamos darle.

JUST. Pobrecillo, ¿le va usted á dar una carrera? No le canse usted mucho que está bastante débil.

EMER. No, si me refiero á la carrera de Ingeniero.

JUST. ¡Ah! Entonces ya puede ir preparando mi hija su equipo de boda. Va á estudiar su niño la carrera de Ingeniero y no ha empezado el bachillerato. Cuestión de unos días.

EMER. Calle usted, que vienen los niños.
(Salen á escena Ricardito, Ernestina y Leovigilda.)

RIC. Son muy bonitos los regalos.

ERNEST. Muy lindos.

JUST. Leovigilda, dí á la muchacha que ponga tres cubiertos más en la mesa.

LEOV. ¿Quién va á venir?

JUST. Son para doña Emerenciana y sus niños, que tengo yo gusto en que cenen con nosotros. (Voy á ver si por este medio consigo que se marchen.)

EMER. Caramba, no, muchas gracias. Nosotros nos retiramos que estará impaciente Epifanio.

LEOV. ¿Pero qué prisa tienen?

EMER. No, prisa no. Si estos quieren nos quedamos otro ratito.

JUST. (Adios, me salió al revés.)

ERNEST. Mamá, que papá también cena y estará esperándonos.

JUST. (Gracias á Dios que la niña habló bien alguguna vez.)

EMER. Tienes razón. Conque mil felicidades y de hoy en un año...

RIC. ¡Doce meses!

EMER. (Riéndose.) Pero qué criatura esta, tiene algunos golpes...

JUST. (Sí, mortales de necesidad.)

EMER. Vaya, adios, adios.

(Despídense y vanse Emerenciana, Ricardito y Ernestina por foro.)

ESCENA IV

JUSTINA y LEOVIGILDA. Después RICARDITO.

LEOV. ¿Pero mamá, has visto qué empalagosa es esa señora?

JUST. Ya, ya; por poco tenemos que ponerles cama para que pasaran la noche. La niña es tonta, pero tienen la ventaja de que el niño es imbécil.

RIC. (Entrando precipitadamente.) Aquí estoy. Aquí estoy otra vez. ¿Han visto si me he dejado aquí mi bastón?

LEOV. No se, mire usted á ver si está por ahí.

RIC. ¡Jesús qué cabeza! Si ahora que me acuerdo me lo rompió ayer papá en las costillas. Vaya, adios. ¡Pero qué cabeza la mía! (Vase corriendo foro.)

JUST. Eso digo yo, ¡qué cabeza más grande te ha dado Dios!

(TELÓN LENTO)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Calle de pueblo.—En el centro una casa sin puerta con ventana de reja alta.—En lo alto un farol de quinqué que alumbra la escena. Son las diez de la noche.—Al izarse el telón estarán Luis y Marieta pelando la pava por la reja.—Luis tendrá á sus pies un maletín y una manta de viaje y estará vestido como para ir en el tren.

ESCENA V

LUIS ¿Pero por qué mujer? ¿Qué inconveniente hay? ¿Quién se opone?

MAR. Hasta ahora nadie, porque nadie lo sabe. Pero por Dios, Luis, tú eres rico y yo soy pobre. ¿No comprendes que tu familia cuando se enterase se opondría á nuestro casamiento?

LUIS ¿Quién te ha dicho semejante atrocidad?

MAR. Nadie, pero me la supongo. Yo sé que tú eres muy bueno, pero si nuestros deseos no han de llegar á realizarse, ¿á qué seguir las relaciones?

LUIS Calla Marieta, calla. No sigas hablando así porque me estás haciendo creer que me aborreces... que quieres á otro...

MAR. No, eso nunca...

LUIS Entonces... ¿qué es lo que te obliga á decir lo que me dices? Si se opusiera mi familia ¿qué podría importarnos si tú y yo lo queremos? ¿No es cada uno dueño de su voluntad?

MAR. Sí, tienes sobrada razón...

LUIS Escucha, Marieta. Yo te amo con toda mi alma, te adoro. Tú bien lo sabes. Te lo he repetido mil veces. ¿Es que después de creerme convencido de que tú me quieres igual que yo á tí, vas á decirme que no podemos amarnos poniéndome como pretexto una razón fútil é inadmisible?

MAR. No, Luis, no es eso. Si yo no puedo dejar de quererte, pero tu posición social...

Luis Mi posición. ¿Quién te ha dicho á tí que yo soy rico? No tengo más capital que mi trabajo. Mi carrera que terminaré dentro de un año. Pero aunque no soy rico aspiro á serlo, porque tengo mis pretensiones como todos los hombres. Seré rico si tú me quieres tanto como yo á tí, porque tú eres mi vida, y siendo tú mi vida, ¿qué no haré yo por ella? Teniéndote á mi lado trabajaré sin sosiego para que no te falte nada, para ser felices, y si conseguimos esto ¿qué más riqueza podemos desear.

Mar. (Enjugándose las lágrimas que saltan de sus ojos.) Luis...

Luis ¿Lloras? ¿Por qué?

Mar. De alegría por lo que acabo de oir de tus labios y de sentimiento porque te marchas y dejo de verte por algún tiempo.

Luis Más lo siento yo, pero hay que tener paciencia; de este viaje depende mi porvenir. Cuando vuelva, si tengo suerte, ya habré terminado mis estudios, ya seré médico y entonces... á la felicidad. Dentro de pocos momentos pasa el tren.

(Óyese á lo lejos ruido de guitarras y bandurrias como de una ronda que se acerca.)

Mar. Escucha, Luis, ¿no oyes? Se acerca la ronda de los mozos. Como hoy es el último día del año van cantando coplas á las mozas. Se acercarán aquí y me cantarán á mí también alguna. Márchate que no te vean conmigo. No vayas á perder el tren.

Luis Sí, sí, me voy. Ya lo sabes todo. Que nuestras relaciones las ignore todo el mundo hasta que llegue el momento oportuno.

Mar. Te aseguro que nadie lo sabrá.

Luis Entonces..... dos palabras tan solo..... ¿Me quieres?

Mar. ¡Con toda mi alma!

Luis ¡Adios!

Mar. ¡Adios!

(Se tiran un beso con los dedos.)

(Marieta se introduce y cierra la ventana. Óyese la ronda más cerca.)

LUIS ¡Qué satisfecho estoy ahora! ¡Qué buena es Marieta! Ahora á Madrid y á estudiar. A Madrid. (Coge el maletín y la manta y anda algunos pasos.) (Transición.) Pero no, ya que me queda tiempo, voy á comprobar la fidelidad de mi novia. Me esconderé en esta esquina y veré si hace caso ó no á los de la ronda. (Se esconde en la esquina que hace la casa.)

ESCENA VI

FELIPE y varios mozos que vienen tocando una jota con guitarras y bandurrias, por la izquierda.

FEL. Silencio muchachos, dejad de tocar y hablad bajo. (Dejan de tocar y callan.) (Al mozo 1.º) ¿Conque dices tú que has visto á Marieta, algunas noches hablando por esta ventana con Luis el estudiante, el hijo del médico?

MOZO 1º (Habla ronco.) Sí, sí, los he visto tres noches seguías.

FEL. Bueno, bueno, pues esto se va á acabar. Marieta caerá en mi poder como han caído las otras.

MOZO 2º (Tartamudea.) Pues me...me...menudo ojo que... que tú tienes Felipe pa...pa... los amo...amo... ríos... Mo...mo...moza que festejas... mo...mo... moza que es rendía. Yo no sé co...co...como se las a...a...apaña este Celipe... pe...pe...pero que tiene la primer suerte pa...po...pa...poderlas conquistar.

MOZO 3º Pa eso es hijo del Juez y lo que él haga bien hecho está.

MOZO 4º (A Felipe.) Pus si yo t'he d'hablar como á un amigo te digo Felipe que mires mu bien donde te vas á meter. Esta moza no es como las otras. Esta moza tiene mucha sabiduría, y como está muy estruída no es tan fácil de engañarla. Digo, tú bien lo sabes. Dende chiquitita l'ha protegió mucho tu padre y como es buena y s'ha portao mu bien en tu casa, tu

padre la quié tanto como á tu hermana, por no decir más. Y pa terminar, que como tu padre se entere de que quieres hacer desgraciá á la huérfana te escacharra la caeza. Mira que tu padre está mú cansao de tí y de toas tus barbariades.

FEL. Calla, calla, mastuerzo, ¿tú qué sabes de estas cosas? Haré lo que me venga en gana. Y si no dime ¿qué méritos más tiene esta moza que la hija del Pelao, ó la Rosario la dél molino, ó la Pepiya la de los olivares?

MOZO 4º ¡Otra, que qué méritos! Ya te lo he dicho. Que tié elustración, lo que no tién las otras. Y con referencia á las que has dicho pués orgullecerte por las proezas qu'has hecho. Hacer desgraciás pa toa su vida á unas probes muchachas, engañándolas con promesas que nunca has de cumplir. ¿Y á eso llamas tú ser festejaor? Ja.. ja... ja...

FEL. Déjame á mí tú de novelas. Que no se dejaran. El caso es que yo disfrute, suceda lo que suceda después. Y además que ya tú ves que no las molesto mucho. Tan pronto como satisfago mis deseos las dejo á vuestra disposición para que os caseis con ellas si quereis...

MOZO 4º Lo que te pasa á tí es que abusas del dinero de tu padre y no tienes ni tanto así de concencia... ni la conoces siquiera.

FEL. Si tengo ó no conciencia te importa á tí un ochavo y ya te estás callando porque...

TODOS Callarse hombres...

MOZO 2º A...a...a... ver si váis á re...re...re...gañar por... por... nada...

MOZO 1º Templar las vigüelas y echar una copla.

FEL. (Aparte.) Aprovecharé el tiempo, dejaré á estos por ahí que se emborrachen y yo empezaré esta noche mismo mi obra. El estudiante estará ya en el tren y lo que menos se figurará lo que aquí va á ocurrir... que una vez que yo consiga lo que quiero... que se casen benditos de Dios. (Á todos.) Venga muchachos, venga esa copla.

JOTA

Mozo 3º (Canta) Asómate á esa ventana,
carita de primavera,
para que oigas los cantares
de los mozos de tu tierra.

◆

Son tus ojos dos luceros
y tus dientes de marfil.
y es tu cara más bonita
que las rositas de abril.

◆

La rosa, niña serrana,
es lo mismo que el amor,
que en cuanto no tiene espinas
ya ha perdido su valor.

Mozo 2º Pa...pa...paece que no se asoma la mo...mo... moza...

Fel. No estará en casa, puede que esté en la mía, como hay reunión esta noche... Vamos á otra. (Vanse todos tocando por la derecha.)

ESCENA VII

LUIS. Después MARIETA en la ventana.

Luis. (Saliendo.) ¡Ah granuja! Esas son tus ideas... dejarías de ser quien eres si hicieras otra cosa. No sé como he podido escucharte tanto tiempo. (Llamando á la ventana.) ¡Marieta! ¡Marieta!

Mar. (Abriendo la ventana.) ¡Luis! ¿Tú aquí aún? ¿Cómo es eso?

Luis. Sí, me escondí con objeto de oir cantar á los mozos y no sabes cuánto me alegro ahora de que se me haya ocurrido esa idea. ¡Has oído lo que ha dicho Felipe?

Mar. Sí, todo lo he oído.

Luis Pues nada tengo que decirte; es necesario

que no escuches jamás á ese infame. Ya sabes sus intenciones. Yo esta noche le espero aquí. Quiero que sepa que no estoy en el tren como él cree.

MAR. No, por Dios, vete. Evitemos un compromiso.

LUIS No tengas cuidado; nada ocurrirá, pero conviene que se entere que conozco sus ideas, y procuraré disuadirle...

MAR. No conseguirás nada. Es un mal bicho sin corazón. Vete, Luis, vete. Confía en mí, que no le haré cara nunca. Vete, que va á haber una desgracia.

LUIS He dicho que no, y no. Aquí esperaré hasta que venga, y si tú me quieres obedecer quédate en la ventana hasta que te indique que cierres, y te acuestas sin ocuparte para nada de lo que aquí ocurra.

MAR. Te ruego...

LUIS No me ruegues nada, porque nada conseguirás...

(Marieta y Luis estarán hablando de forma que no vean venir á Felipe, que vendrá por la misma dirección por donde se fué la ronda.)

ESCENA VIII

DICHOS y FELIPE

FEL: (Aparte y sin ver á los novios.) Por ahí dejé á los mozos y ahora voy á ver si preparo el cebo á la perdiz. (Asombrado al ver á Lúis.) ¡Luis aquí! ¡Si me dijeron que había salido para Madrid! (A ellos, socarrón.) Parece que se madruga.

LUIS (Volviendo la cara y sin moverse.) Buenas noches.

FEL. ¿Se pela la pava, amiguitos?

LUIS (Sin mirarle.) Así parece.

FEL. ¡Caramba! ¡Qué acaramelados que estáis! Volved la cara siquiera, que no soy el coco.

LUIS Ya lo sé.

FEL. Pues entonces no sé á qué viene el no mirarme siquiera.

LUIS (Volviéndose.) Pues sencillamente á que ya te tengo bastante visto y me parece que no es esta la hora ni la ocasión más propicia para examinarte.

FEL. Bueno, hombre, bueno. ¿Y cómo tú por aquí aún? Me dijeron que te habías ido á Madrid.

LUIS (A Marieta.) Marieta... (La hace una séña con la cabeza y Marieta se quita de la reja y cierra la ventana.)

FEL. (Guasón.) ¡Pero hombre, pero hombre! Qué bien enseñada que tienes á esa y qué bien que os entendéis! Se ve, se ve la ilustración.

LUIS Mira, Felipe. Veo que vienes esta noche con ganas de molestar. Sé las intenciones que traes, pues todo lo que has dicho á tus amigos lo sé y por esto mismo me encuentras aquí en este momento. Tal vez si no te hubieras ido de la lengua, á estas horas estaría yo en el tren, camino de Madrid, como tú pensabas. Pero ya ves, el hablar demasiado es perjudicial. No todas las cosas se ponen á gusto de uno.

FEL. Bien. Puesto que lo sabes todo, nada te tengo que decir. A esa mujer, pese á quien pese, la festejaré yo y muy mal se me tiene que dar la cosa si no consigo lo que yo quiero. En algo se ha de notar que soy el hijo del Juez. Aquí, en Pinoverde, mientras yo sea quien ahora soy, nadie hará más que yo y por consiguiente satisfaré siempre mi santísima voluntad.

LUIS Felipe, piensa bien lo que dices. Yo quiero evitar toda cuestión y para lo mismo me he quedado aquí. Quiero evitarte, si es posible y buenamente un disgusto que tú mismo quieres buscarte sin necesidad. Te repito que pienses muy bien lo que dices.

FEL. No tengo nada que pensar y lo que he dicho bien dicho está.

LUIS Pues has de saber que yo me opongo desde ahora á cuanto tramas y me dejaré arrancar el corazón antes que consentir que se altere en lo más mínimo la paz de esta familia. Para

terminar, que Marieta es mi novia y como me entere que la faltas en algo...

FEL. ¿Cómo? ¿Es que vienes con imposiciones? ¿Es que me amenazas?

LUIS No, no es que te amenace. No me gusta perder el tiempo amenazando. Es una observación que te hago ahora para que después, si sigues con tus criminales intentos, no digas que no te advertí á tiempo.

FEL. Pues yo no admito ni observaciones ni advertencias de nadie, porque nunca las admití ni las necesito, y ya te estás marchando de aquí si no quieres tener señales mías.

LUIS ¿Señales tuyas? ¿De qué?

FEL. De esto.

(Felipe saca un puñal que trata de clavar á Luis. Este da un certero golpe en el brazo derecho de Felipe haciendo que el puñal caiga al suelo. A brazo partido luchan cayendo al suelo Luis encima de Felipe. Luis coge entonces el puñal del suelo y hace ademán de querérselo clavar en el pecho á Felipe, en cuyo preciso momento Marieta abre precipitadamente la ventana y grita.)

MAR. Luis, por la Virgen ¿qué vas hacer? (Luis para el brazo.) Perdónale Luis, por lo que más quieras, por mí...

LUIS ¿Por tí? (Pensándolo.) Sí, por tí le perdono, pero por nadie más que por tí, porque tú me lo pides...

(Sigue con el puñal en la mano y se levanta.) (A Felipe.) Levántate, te perdono; pero fíjate bien que debes tu vida á esa mujer... á quien desde este momento tiene que venerar... Fíjate bien que á ella debes tu existencia y que tienes que mirarla como á Dios.

Levántate y vete, en la seguridad de que nadie se ha de enterar de lo ocurrido. (Tirándole el puñal al suelo á sus pies.) Toma tu puñal y procura que otra vez no te sirva para lo que te podría haber servido ahora.

(Felipe sin decir nada y despacio se va levantando, avergonzado. Coge el puñal y hace como que lo guarda, mirando traicioneramente. Va marchándose muy despacio. Luis se meterá la mano derecha por debajo de la chaqueta donde tiene un revolver y no dejará de mirar fijamente los movimientos de Felipe. Este cuando ya va casi á desaparecer de escena se vuelve violentamente hacia Luis para agredirle de nuevo.

FEL. Ahora sí que no te escapas.

(Marieta da un grito. Luis antes de que se le acerque Felipe saca el revolver y apunta á éste.

LUIS. ¡Quieto ahí, bandido! Si avanzas un paso más te dejo seco. Pude matarte antes con esto y ya viste, luché sin armas y te vencí. Puedo matarte ahora y aún me queda compasión para indultarte por segunda vez. Vete inmediatamente que me estoy cansando de ser bueno. Vete, traidor, vete...

(Felipe, sin decir nada y tapándose la cara con las manos por la vergüenza, desaparece andando para atrás.)

(TELÓN LENTO)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

La misma decoración que en el primer cuadro.

ESCENA IX

D. ROBUSTIANO, D.ª JUSTINA y D.ª EMERENCIANA.
Los tres sentados; D. ROBUSTIANO en primer término derecha y en una butaca.—Todos tendrán cara de tristeza.

EMER. ¿Y qué noticias tienen del herido?

JUST. Hace quince días que no sabemos nada y estamos con cuidado...

EMER. Cuando no hay noticias es que está mejor. Las noticias malas llegan antes que el viento...

ROBUS. ¡Pero cuánto disgusto nos ha dado ese desgraciado!

EMER. Debe usted perdonarle...

ROBUS. Es un mal hijo y no lo merece.

JUST. Robustiano ten en cuenta...

ROBUS. Lo que intentó hacer, solamente por el hecho de intentarlo, no merece mi perdón... ¡Bien merecido tiene lo que le ocurrió!

EMER. En verdad, que nadie sabe como fué el suceso.

ROBUS. Se lo contaré á usted lo mejor que pueda. Hoy hace cinco meses que ocurrió el hecho. ¡Ya tengo grabada aquella fecha para siempre! El disgusto que aquello me ha producido ha sido tan intenso, que en el espacio de quince días que van transcurridos, he perdido diez años de vida. Créame usted, señora, al acordarme se me achica el corazón de tal manera y sufro tanto, que noto día por día cómo á pasos agigantados se va extinguiendo mi existencia. Usted se quejaba de su hijo porque decía que era tonto y el mío listo; vea como cambian las cosas. El de usted está ayudando á su padre en su pesada tarea de educar niños y ganando el pan que come y

el mío en un hospital y á punto de ser un homicida...

EMER. Si mi visita va á servir para amargarle más... me marcho.

JUST. No señora, sus visitas nos sirven de consuelo.

ROBUS. Seguiré contando. Estábamos reunidos en este mismo sitio varios amigos aquella infausta noche, cuando súbitamente, cuando todos estábamos tan distraídos, se presenta el alguacil municipal y me dice que si quiero ver vivo á Felipe que fuera inmediatamente al Ayuntamiento... Como un loco, con la locura de amor de un padre, fuí á donde me dijeron estaba mi hijo... Al llegar, mis amigos todos se oponían á que entrara donde estaba Felipe para evitarme la impresión, pero me impuse á todos y entré... Parece que lo estoy viendo. Echado en un colchón, boca arriba y con los ojos tan abiertos... tan abiertos que parecían querer salirse de las órbitas... Lanzaba gemidos que aterraban y por una herida grande que tenía en el costado derecho á borbotones le salía una enormidad de sangre... Todos estábamos aturdidos. Llamaron á D. Manuel el médico y no se encontraba en casa. El boticario acudió y le hizo la primera cura... Llamé muchas veces á Felipe, porque me parecía que me miraba como espantado por lo que acababa de ocurrir, y no me conoció... había perdido el conocimiento... Quise llevarle á casa y todos se opusieron á que se le moviera, y seis días después, por consejo de don Manuel, lo envié á Madrid al Hospital de la Princesa y allí sigue luchando entre la vida y la muerte...

EMER. ¡Qué horror! ¿Y han ido ustedes á verle?

ROBUS. No, no he querido yo que vaya nadie de casa porque no se lo merece... Pero no he acabado la historia. Enseguida que ocurrió lo que he contado á usted procedí á averiguar las causas por las que había sido herido Felipe y me enteré que había querido matar á Marieta

porque la pobre muchacha no quiso entregarse á él. ¡Querer matar á Marieta á la que queremos como á una hija!

EMER. ¿Entonces cómo se explica que fuera él herido?

ROBUS. Tenga paciencia. La noche del suceso Marieta había estado con nosotros como de costumbre, hasta la hora de acostarse y cuando salió de casa y se dirigía á la de sus tíos, la salió al encuentro Felipe, quien la propuso por centésima vez que accediera á sus deseos ó de negarse que la mataría. Ella, claro es, se negó rotundamente y Felipe quiso obtener por fuerza lo que de grado no podía conseguir y forcejeando como una bestia la tiró al suelo y la puso al pecho un puñal para que se entregara. Marieta gritó cuanto pudo pidiendo auxilio, y entonces Felipe viendo que nada conseguía iba definitivamente á clavar el puñal en el corazón de la muchacha, cuando alguien... alguien, que hasta la fecha no se ha podido saber quién es, sujetó con una de sus manos el brazo homicida, evitando así tan bárbaro crimen, y con la otra asestó á Felipe una cuchillada en el costado.

EMER. ¡Qué espantoso! (Doña Justina llora, sin exagerar la nota.)

ROBUS. Aquella mano que hirió á Felipe, fué providencial, fué la mano de Dios que castigó al malhechor.

¡Felipe tenía hechas muchas barbaridades y no podía salir bien de todas!

¡Y que por un hijo así, estemos sufriendo tanto!

EMER. No es para menos. Pero él se arrepentirá. Ya vieron ustedes que en el pecado llevó la penitencia.

ESCENA X

DICHOS y RICARDITO, que entra corriendo y muy sofocado. Todos se levantan al verle.

RIC. ¡Ay, mamá! ¡Ay, D. Robustiano! ¡Ay, D.ª Justina!

JUST. ¿Qué pasa?

ROBUS. ¿Qué ocurre?

EMER. ¿Qué tienes hijo? Habla.

RIC. Vengo sofocado, no saben ustedes lo que he visto, lo que menos se pueden figurar.

EMER. ¿Qué has visto? ¿Un bólido?

RIC. No, eso no, otra cosa.

EMER. Habla entonces... que estamos reventando por saberlo.

RIC. Siéntense y oíganme. (Se sientan, Ricardito no.) Estaba yo con Juanito Pérez y Pepito González en la estación esperando el paso del tren expréss con objeto de entretenernos un poco porque como saben ustedes...

JUST. Abrevia hombre, déjate de preámbulos.

RIC. Bueno, pues llegó el tren y como ustedes ya saben que en esta estación no para más que un minuto, porque son muy... porque son muy pocos los viajeros que se apean, me llamó la atención el que el tren tardara más tiempo en arrancar...

EMER. Jesús, hijo, qué pesado eres, revienta de una vez.

RIC. Sí, ya voy llegando. Bueno, pues que me acerqué á ver en qué consistía, y cuál no sería mi asombro al encontrarme con dos personas juntas que ustedes conocen muy bien y que bajaban de un coche de primera.

EMER. ¿Y quiénes eran?

RIC. Pues... Felipe y Luis.

ROBUS. Felipe y Luis juntos, imposible.

RIC. Sí, señor, estoy segurísimo. Ellos me vieron, pero yo en vez de acercarme eché á correr para acá á fin de dar á ustedes la noticia.

EMER. Debes estar equivocado.
RIC. No, mamá, no. Ya ves si me conocerían que me llamaron dos ó tres veces imbécil y yo no quise ir para llegar aquí antes.
JUST. Entonces sí eran. ¿Y dices que se quedaban en la estación?
RIC. No, salieron y ya deben estar cerca.
ROBUS. Es necesario que no entre en casa Felipe. No quiero verle.
JUST. (Suplicando.) Robustiano...
EMER. (Id.) Don Robustiano...
RIC. (Id.) Don Robustiano...
ROBUS. He dicho que no quiero verle.

ESCENA XI

DICHOS y LUIS

LUIS (Entrando.) Salud, señores, ¿cómo van por aquí? ¿Pero qué tristeza es esta?
JUST. ¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi hijo?
LUIS Paciencia, señora, un poco de paciencia. Felipe, su hijo de usted, está ahí fuera y no entrará mientras yo no se lo diga; pero para que yo se lo diga es preciso que me den ustedes su palabra de que le han de escuchar sin reprenderle, y si una vez que le oigan le creen acreedor á lo que él les pedirá... entonces yo ya he cumplido mi misión...
JUST No diremos nada... sí, sí, dígale que entre.
ROBUS. Si entra él, yo me marcho.
LUIS Don Robustiano, sea usted un poco considerado. Escúchele que al fin y al cabo es su hijo.
ROBUS. Bueno, pues que entre. (Don Robustiano se sienta en su butaca volviendo la espalda para no ver á Felipe.)
LUIS (Desde la puerta.) Felipe, puedes pasar.

ESCENA XII

DICHOS y FELIPE. Después MARIETA y LEOVIGILDA

(Felipe viene muy demacrado notándosele visiblemente haber sufrido mucho. Entra con el sombrero flexible en las manos y la mirada baja. Ha de hablar con gran humildad. Al entrar Felipe (por el foro) Justina va á abrazar á su hijo pero Luis la detiene.)

Luis — Señora... me va usted á permitir me oponga por un momento tan solo. Es necesario escucharle... Puedes hablar, Felipe.

(Ricardo estará en el primer término izquierda y desde el momento en que entra Felipe se mostrará muy pesaroso y abatido.)

Fel. — Las palabras parece que se me quieren agolpar en la boca, porque todas quieren salir á un tiempo para poderos expresar á lo que vengo. Cinco meses de sufrimientos constantes son bastantes para que un hombre, por muy malo que sea se arrepienta de todas sus maldades. He sufrido mucho, queridos padres, mucho y por el sufrimiento he visto que todos los delitos tienen su castigo. El que comete un delito y no tiene el castigo material la conciencia le mina el corazón de tal modo que el castigo es mucho más horrendo. Y yo he tenido los dos castigos, el moral y el material. He sido muy malo, lo comprendo, y por lo mismo que lo comprendo, el remordimiento me consume la sangre y consumido quizás hubiera ya muerto si no llego á encontrar en mi calvario un corazón noble que en los últimos momentos que yo creía de mi existencia, me ha consolado y poco á poco con su nobleza me ha vuelto á la vida. No era mi pensamiento volver á veros, bien lo sabe Dios, mis malas hazañas no merecían este consuelo. La penitencia que yo mismo quería imponerme era marcharme lejos, muy lejos, donde vuestro recuerdo hubiera acabado conmigo para siempre. Pero ese corazón noble no lo ha consentido y ha preferido

traerme aquí para que siquiera por última vez, queridos padres míos, os vea y, si comprendiendo vosotros que un arrepentido como yo merece el perdón... se lo concedáis... pero si no lo merece, conceded siquiera á este desgraciado os bese la mano por última vez de su vida para que pueda marcharse á lejanas tierras, donde no tenga un alma amiga que le arrulle y muera roído por el remordimiento. Padres, este es mi salvador (Señalando á Luis.) Este es el corazón noble. Este, que tan pronto como me vió en el hospital, donde él estaba practicando su carrera, se ha desvelado por curarme y convertirme. Este, que en vez de hacer lo que ha hecho, debió despreciarme, me ha devuelto la vida por tercera vez.

LUIS El deber profesional...

FEL. No, por encima del deber profesional están los sentimientos del corazón. (Poniéndose de rodillas.) Padres queridos, estoy arrepentido, perdón, padre; perdón, madre; perdón queridos amigos, concedédmelo porque noto que el corazón se me oprime y si me teneis un minuto más sufriendo tanto...

JUST. Hijo mío. (Le abraza.) Levántate. Ahora si mereces nuestro perdón. Abraza á tu padre, abraza á todos.

(Al intentar abrazar, en último lugar, á Ricardito este le retirará los brazos.)

RIC. Yo no puedo, mejor dicho, no debo abrazarte porque este abrazo...

FEL. ¿Eres tú el único que no me perdona?

RIC. No es eso Felipe, no, yo no puedo perdonarte porque... porque no soy quien debo hacerlo. (Muy nervioso y poniéndose como enfermo.)

EMER. ¿Estás malo, hijo mío? ¿qué te ocurre?

RIC. No, mamá, no.

JUST. ¿Qué te ocurre? habla.

RIC. Escúchenme y júzguenme. El arrepentimiento de Felipe me ha cambiado por completo y no puedo ocultaros por más tiempo un secreto muy grande que encierra mi corazón.

EMER. Habla, por Dios.

RIC. ¿Sabeis quién hirió á Felipe?

TODOS ¿Quién?

RIC. (Con resolución.) Yo.

TODOS ¿Tú?

RIC. Sí, yo y nadie más que yo. Yo soy el criminal.

TODOS ¡Oh!

(Doña Emerenciana llora y todos quedan como anonadados.)

FEL. ¿Criminal? Nunca. Tú eres la justicia. La Providencia te puso en mi camino para evitar corriera sangre inocente y para que yo vertiera la sangre venenosa que encerraba mi cuerpo. Abrázame, Ricardo. Ahora sí que te quiero con toda mi alma.

RIC. (Le abraza.) Tal vez fuera lo que tú has dicho. Aquella maldita noche yo preví algo en tí y te seguí. Ví lo que querías hacer, ¿y para qué contar más? Todos ustedes lo saben... Es Marieta muy buena y no podía yo consentir aquel atropello.

MAR. (Entrando.) Todo lo hemos oído.

LEOV. (Id.) Este no es nuestro Felipe, nos le han cambiado. (Marieta da la mano á Luis y Felipe, y Leovigilda abraza á Felipe.)

FEL. Marieta, tu perdón sólo me falta, ¿me lo concedes?

MAR. Concedido, ya lo creo.

RIC. ¿Y á mí?

MAR. Á tí te debo la vida.

FEL. Gracias, Marieta. ¡Qué bien hiciste en no quererme. Yo era ruín, miserable. Tú eres muy buena y muy honrada y para tí yo hubiera sido un veneno. Tú has sido buena y tendrás tu premio; yo fuí malo y sufrí el castigo que merecí.

ROBUS. Vaya, vaya, todo se acabó.

RIC. No se acabó. Yo debo purgar mi delito y á usted me entrego como representante que es de la justicia.

ROBUS. La justicia no puede aprehenderse á sí misma. La sangre venenosa que hicistes verter á mi

hijo, ha sido su salvación y la felicidad desde hoy para todos nosotros. (A D.ª Emerenciana.) Señora anímese usted, lo que hizo su hijo no fué un crimen, fué una obra bienhechora merced á la cual le debemos todos un agradecimiento eterno.

FEL. Y yo más que nadie.

LUIS Puesto que ya todos estamos tan satisfechos voy á darles una gran noticia. Dentro de poco me caso con Marieta. Desde hoy mucha alegría, buen humor y á olvidar las penas, que las penas en este mundo solo sirven para lo que sirve el tren. Para acortar los viajes, y las penas nos acortan el viaje para el otro mundo. Desde este momento todos una familia.

RIC. Así será, porque yo también participo á ustedes que quiero á una mujer y soy correspondido. Es decir, que diga ella si yo miento.

LEOV. No, papá; no, mamá; no miente. Ricardo y yo nos queremos mucho y si vosotros no os oponeis...

EMER. ¿Se acuerda D.ª Justina, de lo que dije á usted el día del cumpleaños de Leovigilda?

JUST. Ah, sí, pero sin carrera (Riéndose.)(Á D. Robustiano.) ¿y tú que dices á esto?

ROBUS. Pues que me alegro muchísimo y accedo gustoso á estos amores. Yo apadrinaré las dos bodas.

FEL. Padre, no seas ambicioso. Tú una y yo otra.

ROBUS. Conformes. Así se hará.

LUIS ¡Viva Don Robustiano!

TODOS ¡Vivaaa!

ROBUS. (Al público.) Al hacer esta comedia
tan sólo quiso el autor
entreteneros un rato,
distraer vuestra atención.
Si os agradó, aplaudidle
y reventará de gusto.
No le silbéis, por favor,
que se nos muere del susto.

TELÓN.



Precio, UNA PESETA